

El peso de los ceros

LUCY AMADOR Y ENRIQUE QUINTANA

Por la mañana del 2 de enero de 1993, multitud de camiones blindados llegarán a las principales sucursales bancarias y depositarán las monedas y billetes con las que los mexicanos iniciaremos una aventura inédita en la era moderna: la eliminación de tres ceros al peso que ahora utilizamos.

Las dificultades no tardarán en presentarse. Los viejos mirarán con suspicacia y extrañeza la nuevas monedas. En las pequeñas tiendas se negarán a recibirlas durante los primeros días. Semanas de confusión que a más de uno le producirán una acrecentada angustia, serán las que tengamos a principios del año.

No descansarán los contadores, notarios, administradores y abogados, quienes tendrán que trabajar horas extra para modificar contratos, archivos, cheques. Tampoco podrán descuidarse los ciudadanos comunes, quienes tendrán que estar atentos a que no les den *gato por liebre* y no les paguen pesos viejos contados en unidades nuevas.

Complicaciones de corto plazo, en busca de una simplificación de largo plazo y... algo más.

Los viejos pesos y sus novedades

Tan vieja como la moneda misma es la historia de las maneras de echarla a perder, así como de las reformas que la han cambiado una y otra vez.

Los archivos señalan que en México fue el cacao el primer signo monetario cuyo valor pudo ser disfrazado.

Con gran habilidad se le extraía una buena porción del grano a través de un pequeño orificio que se rellenaba de lodo para que tuviera el peso normal. Luego, con barro se imitaba la almendra y se rellenaba con lo extraído. El toque final se le daba con una ligera barnizada. Fenómenos como ese estuvieron detrás de las primeras inflaciones de la era prehispánica.

El "peso" vio la luz en la historia debido a la ausencia de moneda, ya que no existían los medios para acuñar metal precioso en los primeros años del virreinato. Se adoptó el recurso de usar el polvo de oro y relacionarlo con el peso de un "castellano", una de las monedas usuales de España.

El "peso" original era igual a 0.4 gramos de oro. El valor de esa cantidad de metal en la actual edad, sería de 15 mil 400 pesos de 1992.

El uso frecuente de la denominación "peso" para referirse a las monedas en las colonias españolas ha conducido a que diversas naciones de América Latina tengan todavía en el peso a su unidad monetaria.

En México, el peso como unidad oficialmente reconocida data de 1822, un año después de la Independencia, aunque así se le denominaba popularmente a la moneda de ocho reales desde mucho tiempo atrás. Durante el virreinato circularon de manera cotidiana los escudos, los reales, los tlacos y los pilones.

El tlaco era un octavo de real; el pilón era un dieciseisavo o medio tlaco. En aquel entonces, para construir las fracciones no se utilizaba el sistema métrico decimal, sino los cuartos, octavos y dieciseisavos que todavía son empleados en las transacciones financieras internacionales.

El billete original de un peso era pequeño y ligeramente rectangular. Tenía al frente el Águila Imperial y una leyenda que decía "El Imperio Mexicano promete pagar esta cantidad de un peso con arreglo al decreto del 20 de diciembre de 1822".

A pesar del desorden que existía en la república emergente, el peso tuvo superioridad frente al dólar durante 50 años. Desde 1822 hasta 1871, se tenía que entregar desde un dólar y dos centavos hasta un dólar y ocho centavos para obtener un peso mexicano.

La fortaleza de la moneda nacional se había hecho mani fiesta en su aceptación internacional. Los reales de a ocho o "pesos" circularon de manera usual en India y China. La Compañía de las Indias Orientales usó moneda mexicana para pagar una buena parte del tráfico de opio con China, al grado que a mediados del siglo XIX había más pesos mexicanos en el Lejano Oriente que en la República Mexicana.

Sin embargo, desde un año antes de la muerte de Juárez culminó la era en la que el peso valía más que el dólar.

¿Para cuánto alcanzaban los pesos de esos años?

Oye Bartola...

Los registros más antiguos respecto a los salarios mínimos comienzan con el régimen de Porfirio Díaz. En 1877, las percepciones mínimas en el centro de la República alcanzaban los 20 centavos por día. Al mes, se podrían obtener cuatro pesos.

Con un día de trabajo, podía comprarse en ese año un kilogramo de carne o bien 8.8 kilogramos de maíz en la ciudad de México. En 1910, poco antes de comenzar la revolución maderista, los habitantes de la capital podían aspirar a un salario mínimo diario de 37 centavos. Les alcanzaba para un kilo y medio de carne, pero sólo para 5.4 kilogramos de maíz.

A la fecha, el salario mínimo del Distrito Federal permite sólo la compra de un kilogramo de carne de res de calidad media, o sea menos que hace 82 años...

Un peso de hace 100 años valía 20 mil 141 veces más que el de hoy. Valdrá 20 veces más que el que comience a circular el primero de enero de 1993.

Sin embargo, hubo un prolongado periodo en el que el poder de compra de nuestra moneda fue más o menos estable. Entre 1892 y 1930, los precios se incrementaron a un promedio anual de 2.8 por ciento. Entre 1930 y 1950, el promedio anual de la inflación aumentó a 10.4 por ciento. Sin embargo, en la era Hacendaría de Carrillo Flores y Ortiz Mena, de nuevo bajó la inflación: fue de sólo 3.4 por ciento al año.

La época en la que el valor del peso casi se extinguió es reciente. La inflación acumulada entre 1890 y 1970 -80 años-es casi igual a la de los siete años que van de 1985 a 1992.

Cuando comenzó la era inflacionaria, en 1970, el billete de más alta denominación era el de mil pesos. Su poder de compra era de 977 mil de los actuales. La moneda de más baja denominación era la de cinco centavos. *Las josefitas* de entonces eran equivalentes a las pocas monedas de 50 que todavía quedan.

El "nuevo peso" con forma circular y un diámetro de dos centímetros tendrá un poder adquisitivo semejante al que tenía en 1969 aquella moneda que tenía a Morelos al frente y un décimo de plata en su contenido, acuñada desde 1957 y símbolo del desarrollo estabilizador antes de ser sustituido en 1970 por el peso pequeño que parecía ilustrar el inicio de la inestabilidad.

La última acuñación de las monedas de un peso fue en 1986. La dimensión que tenían era de apenas un centímetro y medio y dos gramos de peso. Contrastaban con los viejos pesos de la década de los 60, que medían dos veces más y multiplicaban su peso por ocho.

¿Por qué de la reforma?

Las argumentaciones oficiales para sustentar la eliminación de tres ceros en la moneda nacional y constituir el nuevo peso apuntaron fundamentalmente a la necesidad de simplificar las transacciones que, con tantos ceros -se dice en la exposición de motivos de la iniciativa- se hacían en extremo complicadas.

Se tuvo cuidado en no ofrecer el cambio como una herramienta para contener la inflación, ni tampoco como el momento oportuno para fijar o ajustar la paridad.

La información abundó, pero al ciudadano común le quedaron muchas dudas. Por ejemplo, en una encuesta realizada en los primeros días de junio por el periódico *El Norte*, el 35 por ciento de los interrogados expresó que el mayor problema será la confusión generada al usar otro tipo de moneda. Una proporción inferior, el 29 por ciento, aceptó que habrá una mayor facilidad para manejar el dinero.

El 18 por ciento de los interrogados señalaron que la medida permitirá que la inflación se reduzca, mientras que 14 por ciento opinaron que habrá abusos por parte de los comerciantes.

El 85 por ciento de los encuestados pertenecientes a estratos con ingreso elevado estuvieron de acuerdo con la medida, mientras que el 9 por ciento la desapruueba. Entre los estratos de ingresos bajos, el nivel de aprobación es apenas del 42 por ciento mientras que el rechazo llega al 29 por ciento.

Más allá de la opinión popular, uno de los exámenes más inteligentes de la medida lo presentó Gabriel Zaid. Indica que la simplificación de las cantidades es un mito pues retornarán las fracciones decimales, hoy ya extinguidas en las cuentas. Durante la etapa de transición las dificultades serán mayores pues habrá que agregar a las cantidades la "N" que especifique que se trata de pesos nuevos.

Agrega que el cambio de unidad monetaria será oportunidad para rectificar, que no desaprovecharán los comerciantes. El resultado será más inflación.

Dice Zaid: "Cambiar la definición del peso tiene un costo incalculable. ¿Qué se va a hacer con todo lo ya escrito, en los archivos, notarias, bibliotecas, legislación, publicaciones? ¿Qué se va a hacer con los billetes, las contabilidades, los contratos y las mercancías etiquetadas? ¿Qué se va a hacer con la experiencia y la memoria de millones de personas? ¿Qué se va a hacer para evitar las confusiones, errores, engaños, abusos?".

El responsable de la comunicación social del Banco de México, Eduardo Turrent -a título personal- respondió a Zaid señalando que peca de exageración en lo referente a los costos psicológicos de la medida, y señala que es el propio pueblo el que ya ha cambiado en la práctica la unidad monetaria, por ejemplo, en las "dejadas" de los taxis y en los menús de los restaurantes. Agrega que el programa económico del gobierno ha evitado y evitará que resurja la inflación.

El debate es relevante porque hace al balance de las ventajas y desventajas de una medida que con ser de "forma y de operación" afectará la vida diaria de millones de personas.

La posibilidad de que la necesaria reetiquetación sea aprovechada para actualizar los precios, como señala Zaid, es un pronóstico controvertible al cual pueden enfrentarse los compromisos públicos que ya han expresado los comerciantes organizados. Pero, la experiencia popular tampoco puede descartarse como base para señalar la existencia efectiva del riesgo de una reetiquetación al alza, a pesar de los compromisos.

El "costo del aprendizaje", sin embargo, como se le puede denominar genéricamente al proceso de adaptación de la vida diaria al nuevo peso, estará sin duda presente, al margen de las opiniones respecto a las otras implicaciones de la medida. Dicho costo es realmente muy difícil de calcular.

Baste decir que, en México, no ha existido la sustitución de unidades monetarias en toda la era posrevolucionaria. No sabemos qué pueda ocurrir con la "curva de aprendizaje". Las autoridades opinan que

la transición será ordenada y gradual. Observadores como Zaid piensan que será costosa y compleja.

Con ciertos costos reales y probables de un lado de la balanza, el beneficio de la simplificación no puede ser sustentado como argumento de peso para tomar la decisión de eliminar ceros de la moneda mexicana.

El hecho de que los taxistas hablen de "10 pesos" en lugar de 10 mil o que algunos costosos restaurantes le hayan quitado tres ceros a los precios en las cartas, argumentos citados con frecuencia por las autoridades, no son razones que justifiquen la medida. No están mal como ilustraciones de una charla, pero nada más.

Monedas que se van

Con frecuencia, las autoridades se han referido al hecho de que el cambio de moneda en México sigue más bien al modelo francés de 1958 y no a los programas heterodoxos de Sudamérica en los años ochenta.

El primero de los grandes planes heterodoxos que utilizaron reformas monetarias fue el "Plan Cruzado" en 1984. El programa de José Sarney incluía congelación de los precios, salarios, tarifas y tipo de cambio, además de ajustes en las finanzas públicas.

Como un capítulo de esta reforma se contemplaba la sustitución de la moneda de un cruzado por mil cruzeiros, también como parte de un respaldo psicológico para el programa *de choque*.

La escasez de productos y la fiebre de compras desató un nuevo proceso inflacionario que se volvió incontrolable en el último trimestre de 1986. Sólo dos años después de que arrancó el programa.

Otra de las grandes reformas monetarias en América del Sur se presentó en Argentina en junio de 1985. El "plan Austral" fue aplicado para hacerle frente a una hiperinflación.

El programa del gobierno de Alfonsín incluía el congelamiento de precios, salarios y tipo de cambio. Además, la búsqueda de la renegociación de la deuda externa así como un ajuste fiscal. La reforma monetaria formaba parte de este paquete. Se establecía el "austral" como nueva unidad monetaria equivalente a mil pesos argentinos.

El propósito del cambio de moneda era dar apoyo político y psicológico a la idea de que estaba ocurriendo una transformación importante en las políticas fiscal y monetaria de Argentina.

El fracaso fue rápido. La credibilidad de las medidas duró sólo nueve meses. La inflación retornó con toda su fuerza a finales de 1987.

Tanto en Argentina como en Brasil, las reformas monetarias siempre fueron parte de los programas antiinflacionarios. En ambos casos tuvieron sólo éxito temporal. La inflación resurgió con toda fuerza antes de comenzar el tercer año de la reforma y obligó a nuevos programas *de choque* y nuevas reformas.

Pueden desprenderse cuatro conclusiones del examen de las experiencias de Brasil y Argentina.

1. Sus programas de reforma monetaria formaron parte de los planes antiinflacionarios, para hacerle frente a inflaciones de tres y hasta cuatro dígitos.

2. En ambos casos no hubo un objetivo explícito de simplificación de cuentas. La nueva unidad monetaria tenía la tarea de reforzar el impacto psicológico de un programa *de choque*, para crear la imagen de una moneda fuerte y estable.

3. En los dos casos, la reforma monetaria fue un fracaso debido a que en conjunto, fracasó la política antiinflacionaria y se perdió el impacto psicológico de la nueva moneda.

4. Los problemas prácticos derivados de tener una nueva unidad monetaria quedaron ocultos por los problemas de fondo vinculados a la escasez de productos o al resurgimiento de la inflación.

Hay dos casos en los que las reformas monetarias no forman parte central de los paquetes de política económica: en Boli via, en 1986; y en Perú, en 1991. En ambos casos, sólo hicieron frente a reales problemas de contabilidad.

La conversión en Bolivia fue de un millón de bolivianos por un peso. En Perú, fue de un millón de intis por un "Nuevo Sol".

La necesidad de simplificación se expresaba en el hecho de que en Perú, el billete de mayor denominación era de 20 millones de intis. La menor unidad era de 10 mil intis. En un caso semejante se encontraba Bolivia.

Contrastan esas unidades con las de México, donde el signo de mayor denominación es de 100 mil pesos y el menor de 50 pesos.

Reforma a la francesa

El 28 de diciembre de 1958, tres días antes de que entrara en vigor el Tratado de Roma que crearía el Mercado Común Europeo, el general Charles de Gaulle, presidente de la Quinta República de Francia, anunció un programa económico que tendería a la reconstrucción de la economía. Uno de sus instrumentos sería la rehabilitación del franco mediante el surgimiento del "franco nuevo", equivalente a 100 francos viejos. Jacques Rueff, autor intelectual de la reforma de diciembre de 1958, señalaba en el reporte en que ésta se basó en que la reconstrucción de Francia sólo podría fundarse en una reforma financiera apoyada,

entre otros, en los siguientes puntos:

- a) Detener la inflación a través del aumento del ahorro;
- b) Romper los círculos viciosos de las finanzas;
- c) Crear la confianza de que la inflación realmente ha terminado;
- d) Liberalizar el comercio exterior y asumir los compromisos del Mercado Común Europeo;
- e) Aumentar la inversión productiva;
- f) Reformar la administración pública;
- g) Devaluar la moneda en 17.5 por ciento; h) Establecer el "franco duro".

Maurice Pulverail, funcionario de la Embajada de Francia en México señaló (entrevista de Rossana Fuentes-Berain, *El Financiero*) que "Francia no podía ser respetada ni ser un país importante si había una moneda que perdía la mitad de su valor cada cinco años".

"La reforma monetaria -agrega- fue para demostrar que el franco existía, por razones políticas. No fue para vencer a la inflación, sino para demostrar que se había vencido a la inflación".

"La reforma monetaria fue una fuerza política y simbólica de la reconstrucción de la economía francesa. Fue el gesto simbólico de que se había saneado la economía. Fue el moño del regalo".

Pulverail señaló también que efectivamente hubo molestia de la gente, por el esfuerzo que implicaba la conversión. Señala que incluso ahora, 30 años después, la gente de cierta edad sigue calculando algunas de sus transacciones en francos viejos. Sin embargo, concluye que los problemas no fueron mayores.

Habría que tener cuidado cuando se dice que México siguió el modelo francés, pues antes de quitarle dos ceros a la moneda el gobierno de De Gaulle devaluó el franco en 17 por ciento.

¿El moño del regalo?

Cambiar la moneda tiene realmente propósitos simplificadores en ambientes hiperinflacionarios como los de Alemania en la segunda década del siglo o Sudamérica en los ochenta. Sin embargo, no será mucho lo que permitirá simplificar en México. Al menos, resulta muy difícil aceptar eso como el motivo del surgimiento del nuevo peso.

La moneda es el recipiente en el que sedimenta la historia de una economía. Las inflaciones y devaluaciones se manifiestan en su valor. El nivel de los precios y la paridad reflejan la acumulación de fortunas y desgracias que van dejando su rastro en la unidad monetaria.

Cambiar la unidad monetaria es tratar de borrar la memoria. Como parte de los programas heterodoxos, era indispensable para obligar a reelaborar los contratos bajo condiciones de control absoluto de precios, salarios y tipo de cambio. Como parte de un programa de reconstrucción, como en Francia, fue necesario para el reestablecimiento de un orgullo y de la credibilidad de la moneda nacional.

Aunque no se reconozca, no sería imaginable el esfuerzo implicado en la sustitución de la moneda sin que el propósito fuese la búsqueda de un signo de ruptura con el pasado.

Las dos décadas de turbulencias económicas y financieras que modificaron precios y paridad casi como los 100 años anteriores, buscan ser olvidadas.

Tomar el hilo de la historia allí en donde la estabilidad se perdió, al final de los sesenta parece ser el propósito. La reforma monetaria será el recurso simbólico con el que se buscará el retorno a la confianza y la restauración de la credibilidad en uno de los elementos de la identidad nacional.

Un moño para un regalo. Pero... ¿qué habrá adentro?